

Sombras en el corazón

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta obra, cualquiera que sea el medio empleado: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso explícito de los titulares de los derechos.

2.ª Edición

© María José Rosete, 2006.

© Maghenta, S.L.
Autovía de Madrid, Km. 315,700
50012 Zaragoza
Tel. +34 976 106 300
Fax +34 976 106 301

Ilustración de portada: Marta Cambra Melús.

Depósito Legal: Z-059-07
I.S.B.N.: 84-935490-2-9

Impreso en Zaragoza, España. Marpa.

Sombras en el corazón

MARIA JOSÉ ROSETE

maghenta
EDITORIAL

Mi agradecimiento:

Para las dos personas que me dieron la vida y me enseñaron como vivirla y disfrutarla (sin quitar méritos a todos mis antepasados, que ayudaron desinteresadamente a alcanzar este momento cumbre).

Para mi amiga y hermana Irma, en recuerdo de nuestros susurrantes coloquios nocturnos de habitación a habitación.

Para mis abuelos, acompañantes fieles de mi infancia.

Para mi buena amiga Rosario, que siempre me recibe con los brazos abiertos en Madrid y, esté dónde esté, con la que puedo contar siempre.

Para los lobos falsamente autoproclamados vegetarianos: han de olvidar el miedo y recordar que su naturaleza es aullar... aunque no sea a mí.

Para todos aquellos que tengan este libro en sus manos y decidan leerlo; les deseo de todo corazón que pasen un rato entretenido y agradable.

Para mi editor, Carlos, que me ha dado la gran oportunidad de convertir mis pensamientos en letra impresa.

Para mi guía y gran amigo, que me ayuda pacientemente a alcanzar mi meta más ambiciosa: ser mejor persona.

En fin, un saludo y hasta cuando sea menester.

M.^a José Rosete

PRÓLOGO

3 de noviembre de 1870, New Yersey, Estados Unidos.

Una fría noche sin luna encubre la mansión. Las contraventanas están cerradas, las elegantes cortinas corridas y los dorados pestillos echados. El silencio, amigo y cómplice de los secretos, envuelve en apariencia las estancias.

Arropado en una improvisada manta, el bebé duerme con respiración regular al ritmo de su pequeño corazón, sin que logre alterarlo ni el débil crepitar del fuego ni los susurros que fluyen a su alrededor en la biblioteca.

—¿Ha visto señor que criatura más hermosa? —la anhelante voz femenina se dirige a la figura reclinada contra la chimenea. Está de espaldas y su rostro queda oculto.

—¿Cómo está? —la voz es profunda, ensimismada.

—Todo lo bien que se puede estar dadas las circunstancias y tan solo con mi pobre ayuda. También duerme. ¿Quiere verla, señor?

Sin esperar respuesta, la mujer avanza a cortos pasos hacia la puerta con el pequeño en uno de sus brazos y una corta vela de luz tenue en la otra mano.

Sombrío, el hombre se vuelve lentamente. Empieza a andar con desgana en pos de la rolliza criada. Ha llegado el momento de llevarlo a cabo. Imposible posponerlo más. Sus pisadas cobran firmeza paso a paso. Recorren un largo pasillo flanqueado por cuadros de gallardos paisajes y retratos de graves rostros que ambos evitan mirar. Las mullidas alfombras apagan los cansinos pasos de una y las lentas pisadas del otro.

La estancia está fría y su triste color azul pálido acentúa esa impresión. Una forma femenina y menuda destaca entre las sábanas. En los rasgos de su rostro pueden apreciarse aún los rastros del agotamiento y sufrimiento recientes, sustituidos ahora por una serenidad que emerge de su interior.

La criada dirige sus ojos a ella con dulzura. En ellos asoma verdadera devoción.

Él la contempla con atención y observa su rostro. Su piel, su pelo claro, sus largos dedos. Su delicadeza. Recuerda la ternura de sus abrazos. Sus ojos tímidos, su sonrisa suave..., esa forma tan especial de ladear la cabeza. Detiene su vista en ella intentando grabar cada detalle por nimio que sea en su mente. Con intención, para que no haya lugar para el olvido. Siente dolor por haberla conocido y haberla

deseado, mezclado con culpa por no sentirse lo suficientemente arrepentido a la vez. Suspira hondo, cierra los ojos y sale de la habitación sin mirar atrás. La sirvienta le sigue despacio, de mala gana.

El hombre dirige sus pasos al vestíbulo. Observa un imponente reloj de pie con mirada distraída. Se vuelve a la mujer con brusquedad. Con gesto decidido extiende los brazos. La criada abre más los ojos conteniendo la respiración y estrecha al bebé contra sí.

—Ha de ser así, no hay otro remedio —murmura el caballero con persuasión—. Lo sabe. Sé cómo hacerme cargo de esta criatura, procuraré que no le falte nada.

Ella mira alternativamente al hombre y al pequeño ser que tiene en los brazos, negando con la cabeza despacio, aturdida por sus palabras.

—Por favor —su tono ruega, pero es firme—, no puede permanecer aquí. ¿Cuál sería su posición? Aun considerando que todo fuese aceptado, ¿cómo ocultar la burla, la incomprensión? La criatura no es culpable.

Aún reticente y con lentitud, la mujer le tiende el bebé, quizás porque le ha convencido, o porque le ha hecho recordar lo insostenible de la situación y el fiero carácter del dueño de la casa. Si llegara tan sólo a sospechar...

En mitad de la noche, la mujer de la habitación azul se despierta sobresaltada. Sentada a su lado, su preocupada guardiana le observa con tristeza. Sus primeras palabras son para él.

—¿Dónde está? —el silencio es profundo—. ¿Y mi bebé? ¡Quiero verlo! Intenta escrutar la respuesta en el mudo rostro de la mujer. Un doloroso y vago temor se apodera de ella mientras arruga nerviosamente las sábanas entre los dedos. Comienza a respirar con ansiedad como si no hubiese suficiente aire en la habitación.

Su angustiada compañera, en un vano intento por calmarla, empieza a hablar con suavidad y sin interrupción. Pronto gruesas lágrimas comienzan a brotar de sus ojos claros. Lágrimas por el amante perdido. Lágrimas por su hijo. Lágrimas por lo que podía haber sido y no fue.

Y esa misma noche, allá en la distancia, en el interior de un coche, un bebé comienza a llorar y un hombre de mirada perdida lo mece con torpeza.

Capítulo I

La señora Chapman suspiró por tercera vez y dirigió sus pequeños y medidos pasos hacia la escalera principal, tropezando casi con una de las doncellas, que arqueó las cejas sorprendida. Las nueve era una hora inusual para la señora Chapman, para quien los días comenzaban no antes de las once bien cumplidas. Quizás la explicación estaba en la carta ligeramente doblada que llevaba en las manos, y en su mirada decidida, que indicaba una actividad mental fuera de lo corriente.

Sin embargo, la muchacha pensó que debía haber en todo aquello algo premeditado, puesto que los largos cabellos castaños de madame ya habían sido dominados y dispuestos en un impecable moño demostrando la inconfundible huella de la doncella francesa de la señora.

Pero ésta era la semana de la limpieza de primavera, y había tanta plata que hacer brillar, tanto suelo que lustrar y una larga tarea, incluyendo cortinas, lámparas y colchones, que pronto se olvidó de todo y se sumió en la frenética actividad dominante en toda la casa.

El señor Chapman se encontraba en la biblioteca, sentado en su escritorio contestando unas misivas a las que se veía inducido a dar respuesta inmediata para el mejor funcionamiento de sus propiedades. La mayoría de ellas las tenía arrendadas, proporcionándole no exiguas ganancias con las cuales mantener el nivel de vida que su papel social le exigía.

La dama entró seca y estirada, mirando a su marido con indulgencia apenas contenida, mientras él levantó la vista molesto por la interrupción en lo que creía era un momento de inspiración. Había encontrado la forma más serena, concisa y adecuada a las circunstancias de indicarle susceptiblemente a Roberto Crasa, que si no pagaba este mes los retrasos que le debía, se vería obligado a echar de sus tierras a toda su familia.

La señora Chapman se sentó en uno de los confortables sillones y le dirigió una mirada inquisitiva. En definitiva, obligado a apartarse de sus ocupaciones, el señor Chapman se levantó del escritorio de mala gana y dejó caer pesadamente su figura ondulada de carnes satisfechas en un sillón cercano a su mujer.

—Esta carta llegó ayer —dijo agitando el cuerpo del delito—. Es de mi padre, Simeón Rovester —aún y siempre pronunciaría su apellido con indescriptible

orgullo—. Adelaida y Guido han sido invitados a pasar los meses de verano en la mansión familiar.

—No veo en ello nada extraordinario —musitó él—. Invita a nuestros hijos todos los años, —añadió con rencor echando un vistazo nostálgico hacia el recién abandonado escritorio.

Ella le miró escandalizada. Con la cabeza inclinada le dedicó una mirada aviesa por encima de las gafas recién puestas con el fin de deleitarse de nuevo con la lectura de la mencionada carta.

—¿Qué no —recalcó el no— ves en ello nada extraordinario? —el tono era despectivo y él se removió inquieto en el sofá—. Su fortuna es considerable. Es una oportunidad más para mi querido Guido —sonrió melosamente pensando en su amado vástago—. Su abuelo tiene que apreciar todo lo que vale.

Y suspiró recreándose en esa idea.

—Pero querida, tienes que tener en cuenta que también los demás habrán sido invitados: Violeta y Joel, Isabel... y luego está Daniel.

La mirada condescendiente de su señora le hizo atragantarse y no se atrevió a decir nada más.

—¡Isbel! Una chiquilla malcriada. Mi hermano Nelson habría de ejercer su autoridad con más firmeza. ¡Y esa confianza con los criados! Sin la educación y la atenta vigilancia de una madre, ese es el resultado. La esposa de Nelson murió tan joven... tampoco era su madre de todas formas, como recordarás, la adoptaron a quién sabe hace unos cuantos años. Me preocuparía que creciera al lado de nuestros hijos.

«Violeta —pronunció con dejadez—, muchacha vanidosa. Resultado de una educación superficial. Tiene poco sentido en comparación a nuestra Adelaida, tan formal.

Su marido esbozó un pequeño gesto de fastidio: «Adelaida, ¿hasta cuándo?». Su hija se llamaba Adela, en honor a su abuela. Pero para su atribulada esposa ese nombre no era lo bastante señorial y delicado.

—Su hermano Joel... —hizo una pausa— sí es un buen muchacho; siempre tan educado —frunció la boca—. Es un serio oponente para nuestro Guido. Siempre obtiene las mejores puntuaciones en la academia y es además el mayor de todos.

—A Daniel —continuó reflexionando ensimismada—, no se le puede tomar en serio, es demasiado vital y no es tan educado como Joel. Aún me acuerdo cuando Nelson le llevó a casa de mi padre. ¡Qué escándalo! Julián era un desvergonzado —murmuró atropellando las palabras—, siempre sabía como delegar sus propias responsabilidades a los demás.

—Pero mujer, vamos —intervino el señor Chapman—, estaba enfermo, muriéndose; quería abandonar este mundo tranquilo, dejar a su hijo en buenas manos...

—Siempre tienes excusas para todo, John —sentenció con sequedad la dama.

La tarde había sido en especial cálida y alegre. Las sombras empezaban a rondar el jardín trasero de la casa y los primeros cantos de los grillos inundaban el aire.

—Vamos cariño, compréndelo —la voz del hombre trataba de ser paciente—. Es un viaje largo pero, mientras, estarás con tus primos y con el abuelo. Seguro que no me echarás de menos —Nelson sonrió a su hija.

—¡No! —Isbel alzó la voz— Sí que lo haré —aseguró con pasión—. Prométeme que volverás lo más pronto posible.

—Desde luego que sí.

Miró a su hija con cariño. Estaba sentada en un sencillo columpio suspendido de un viejo roble. Él sujetaba las cuerdas con ambas manos, por delante de ella, esperando calmar sus preocupaciones. Pero en cada ocasión le costaba más salir airoso en su objetivo. Recién cumplidos los catorce años cada vez demandaba más tiempo de su padre. Dicha situación, para admitirlo y ser justos, no le disgustaba. La vida le iría separando de ella hasta que llegase a tener su propia familia. Era el momento de disfrutarla al máximo.

Isbel no quería comprender por qué este año no podía quedarse con ella en la mansión del abuelo. Su pelo rojizo estaba alborotado, enmarcando su cara ovalada y pecosa. Sus ojos averdosados destacaban brillantes.

¿Por qué tenía que hacer un viaje tan largo y estar separados tanto tiempo? Negocios. La eterna palabra que lo explicaba todo. Sólo le restaba resignarse sin remedio e intentar tranquilizarle.

Sí, estaría bien... Sí, entendía que tenía que ser así... Bien, la vieja nana Margarita se quedaría con ella pero, papá... ¿me escribirás? Claro que sí, pequeña, todos los días, un minucioso informe sobre todo lo que coma, haga o piense. Incluido un resumen detallado del color de las paredes de las habitaciones de los sitios donde me aloje.

La muchacha no lo pudo resistir más y rompió a reír a carcajadas. Todo lo contrario de lo que haría una señorita de buena cuna.

Cómo le gustaba verla así. Y aún pensó en lo que Alicia había perdido. Pobre Alicia. Pobre sombría y triste mujer. Tras nueve años de amargura, de matrimonio convenido, y sin haber logrado tener hijos, decidieron adoptar un bebé. Recordaba bien cuando Isbel empezó a formar parte de sus vidas. Aunque no pudo unirlos, por lo menos acortó la distancia entre los dos. Tres años después la enfermedad de Alicia empeoró y murió irremediamente. La niña era demasiado pequeña para acordarse. Más que una imagen definida de ella tenía recuerdos de sensaciones, colores de sus vestidos o de su olor permanente a medicinas.

Por su parte, Isbel o Bell (como a su padre gustaba llamarle), comenzó a pensar en lo que le esperaba este verano. Ojalá le volviesen a dar la misma habitación con papel de flores silvestres. Y ojalá todavía estuviese la misma rechoncha cocinera que

hacía aquel pastel de almendras. ¿Cómo estarían sus primos? ¿Habrían cambiado mucho? Adela, siempre tan seria, los juegos eran demasiado infantiles para ella. Se concentró y no recordó ninguna sonrisa (que eran escasas), en la que asomara alguno de sus dientes. Sus oscuros ojos marrones destacaban debajo de unas cejas siempre inquisitivas; estaba claro que la consideraba una niña. Pero si sólo se llevaban un año. De cualquier forma, todos eran mayores que ella, pensó desalentada. Violeta, la presumida, tenía dieciséis; Guido, tan presuntuoso, diecisiete; Daniel dieciocho, y Joel veinte. Daniel y Joel eran sus primos preferidos. Si la consideraban infantil procuraban no dárselo a entender.

Se estremeció. Una suave brisa se estaba levantando por el oeste.

—Bell, vamos adentro, ya es tarde.

La niña se levantó del columpio y siguió a su padre hacia el acogedor interior de la casa.

Un blanco gato de angora se estiró perezosamente, haciendo tintinear el pretencioso collar que llevaba en el cuello. El animal se lamió el pelaje para finalizar acostado, con las patas dobladas debajo del cuerpo, en la misma posición original. La luz invadía la habitación iluminando el papel de las paredes, cuajado de pequeñas rosas. El sol daba directamente encima de la colcha, estampada también con rosas, donde el gato entrecerraba los ojos a la vez que un suave ronroneo empezaba a surgir de su interior.

La cama tenía cuatro columnas y a sus pies había un gran baúl abierto en el que asomaban varios vestidos a la última moda.

Una joven de largos cabellos ondulados estaba sentada ante el espejo, con todos sus abalorios desplegados en el coqueto tocador que tenía delante. Su rostro era suave, ovalado y casi perfecto. Su cabello rubio relucía haciendo competencia con sus ojos claros, color miel. Observaba con franco interés sus propios movimientos y poses, tratando de prever el efecto que causarían a los demás.

—Sí, por favor —murmuró intentando ser provocativa e inocente a la vez—. *C'est la vie* —añadió estirando los morritos para parecer adorablemente irresistible.

Era una pena que su belleza y su talento se vieran perdidos en aquel triste pueblo. Sin teatros, sin cafés..., pero bien, se divertiría con todos los pobres tontos que se cruzaran en su camino. Podría practicar con Daniel; no era tan caballeroso y atractivo como su hermano Joel pero era mucho mejor que Guido. Una mueca afeó su rostro momentáneamente. Le disgustaba hasta pensar en el hecho de que la tocara. Tan melindroso, tan necio. Como se reían ella y Joel de la devoción con que le seguía. En fin. Desde luego allí no había competencia ninguna. Adela tan altanera y la infantil y sosa Isbel no eran dignas de tener en cuenta. Y lo peor, ¡tampoco tenían capacidad para poder apreciar todo lo que ella valía! Desgraciadas criaturas.

Unos golpes suaves en la puerta interrumpieron sus filosóficos pensamientos. Se ató la fina bata de seda y empezó a cepillarse enérgicamente los rizos rubios. La voz de Joel se dejó oír al otro lado. Abrió la puerta y miró divertido a Violeta y el baúl abierto.

—¿Todavía no has terminado de decidir qué es lo que vas a llevarte? ¡Por Dios! Deja algo en el armario.

—¿Y tú que sabes? —contestó malhumorada mientras continuaba cepillándose y mirándose en el espejo sin volverse—. Tú no entiendes de esas cosas.

Él todavía seguía contemplándole apoyado contra el dintel de la puerta, con los brazos cruzados y una ceja más arqueada que la otra.

—Y ahí reside todo el misterio y el encanto femenino, en que los hombres no entendemos de *esas cosas*, —el tono era claramente burlón.

Violeta se volvió divertida ante el comentario despectivo de su hermano. Era un joven atlético y alto, de pelo corto y oscuro, frente despejada y nariz ancha. La jovial sonrisa lo hacía aún más atractivo.

Una cosa blanca y peluda, que emitía unos maullidos lánguidos, entre lastimeros y mimosos, comenzó a restregarse contra su pantalón. Joel deslizó suavemente la mano por el lomo del animal, a la vez que se recreaba en recordar Los Robles, la gran mansión del patriarca. Adoraba cada una de sus piedras. Conocía todas las historias familiares. Había recorrido desde su más tierna infancia todos los rincones de la propiedad. Admiraba cómo el abuelo la conservaba, pero como todo joven emprendedor, tenía sus ideas particulares de cómo mejorarla.

Su hermana le miró irónica, adivinando sus pensamientos. Él, sorprendido, levantó la vista y le dedicó una de sus grandes sonrisas seductoras.